

Luz de luciérnaga

Agradecimientos

Me gusta crear universos y sueños imposibles desde que tengo uso de razón, luego dejé que mis manos escribieran lo que mi cabeza dictaba y todo mi mundo cambió, esto se convirtió en mi vida, transformó mi mundo, mi forma de ver las cosas. *Luz de luciérnaga* es un mensaje, Carlene y David me han enseñado lo que espero que otros entiendan, escribir su historia me ha marcado.

El camino que he recorrido ha sido corto, pero no ha sido fácil, es por ello que quiero mostrar mi agradecimiento a las personas que siempre creyeron en mí, aquellas que me animaron y que jamás despreciaron esto que tanto amo. A mi madre, porque nadie ve mi brillo como ella lo hace, por enseñarme que el amor verdadero es real. Debo mencionar a Carlangas, el mejor hermano que existe, pues siempre me recuerda que puedo. También a Nenny y a mi abuela Ofe, porque nunca han dudado de mí, así como a Lore, a Monny y a Omar: no creo que tengan idea de cuánto los quiero. Imposible no nombrar a mis dos mejores amigas, lo gracioso es que viven a cientos de kilómetros, sin embargo, la distancia no importa cuando se trata de ellas porque me han demostrado más presencia que muchos otros que tengo cerca, gracias por todo, Genesis de Sousa y Eithne Reynoldi. Gracias también a Nova Casa editorial por esta oportunidad, por abrirme la puerta y dejarme ser parte de su familia. Mis Zelters no pueden faltar porque se han ganado mi corazón, se han convertido en mi hogar, gracias por ser parte de esto y por creer en esta historia, por atesorarla y amarla tanto como yo, son la razón por la cual este sueño sí pudo hacerse realidad.

*Para todas las luciérnagas que esconden su brillo
y para las que no se han dado cuenta de que lo tienen.
Encuentra tu luz y sigue caminando, luciérnaga.*

Prefacio

Seis años de edad

Eran uno solo.

A él le agradaba porque no era como las típicas chicas de su colegio, ella era genial. Juntos escalaban el robusto roble que colindaba con sendas casas, solían hacer concursos de eructos, también jugaban a básquetbol, competían por el puesto de «la mejor costra». Por no mencionar que a David le encantaba hacerla reír haciendo chistes bobos que escuchaba de su padre o imitaciones absurdas de animales, los gorilas eran sus favoritos porque se formaban dos lindos hoyuelos casi imperceptibles en sus mejillas.

Eran los mejores amigos.

A ella le gustaba sentarse en su regazo para ver películas, y esa manera suya tan particular de protegerla cuando había tormentas; Carlene odiaba los truenos con cada parte de su alma. Siempre reían juntos, ni siquiera sus padres podían separarlos.

—¡Carly! ¡Ven a ver esto! —gritó con emoción el chico de cabello cobrizo. Apresuró el paso y subió las maderas de colores clavadas en el roble, demorándose un poco debido a su estatura.

—¿Qué sucede, D? —Dio un saltito para llegar hasta el piso de la casa del árbol.

—Son luces. —El tono de asombro era perceptible, algo que podía justificarse, ya que los pequeños animalillos no habitaban en lugares como Nashville. David señaló unas lucecitas que destellaban frente a la ventana coloreada de azul metálico. Carlene se situó a su lado y observó con el ceño ligeramente fruncido.

—No son luces, se llaman luciérnagas —contestó esta sin demora. Dave la buscó, solo para encontrar a una Carlene alargando la mano, estiraba un dedo con la intención de tocar uno de los foquitos que parpadeaban. Pensó que sus ojos miel brillaban con más luminosidad y no se apagaban en ningún momento.

—Como tus ojos —dijo, mirándola sin pestañear. La comisura de la pequeña se estiró, su rostro adquirió una suave tonalidad rosa que intentó ocultar con sus palmas. David sonrió como el chiquillo que era, pasó su brazo por los hombros de su amiga—. Vámonos, luciérnaga.

Capítulo 1

Diez años de edad

Estuvo esperando toda la semana a que llegara el veintitrés de febrero y, con él, su cumpleaños número once. Su madre rentó brincolines inflables para su fiesta, los globos en cada rincón decoraban el sitio, y un pastel de chocolate se refugiaba en lo más alto de la repisa para alejarlo de los dedos de las criaturas traviesas. También había una mesa llena de regalos con moños de colores en la entrada, y otra repleta de diferentes tipos de dulces. Todos los asistentes estaban arremolinados en esa zona, parecían hormigas.

Escuchaba las risas de todos sus amigos del colegio, pero la única que quería ahí era Carlene. Quería enseñarle a andar en patineta y empezar el partido de fútbol cuando llegara.

¿Por qué tardaba tanto? Solo tenía que cruzar el césped. Ir por ella a escondidas lo tentaba, pero decidió resistir un poco más.

El timbre resonó, anunciando que alguien más había llegado. Corrió hacia la puerta, desesperado.

—¡Alto ahí, jovencito! —exclamó Rachel, persiguiendo al pequeño tan rápido como pudo. Dave se detuvo antes de que su madre lo castigara por abrir sin su permiso.

Abrió y la señora Sweet apareció en su campo de visión con una gran sonrisa que a veces le parecía escalofriante. Detrás de ella, una linda niña de ojos miel se asomó, no pudo reaccionar.

Su amiga dejó de esconderse, pudo ver el lindo vestido rosa floreado que estaba usando. Llevaba su largo cabello trenzado, adornado con pequeñas florecillas, era como un jardín marrón. Parecía una hadita, era la criatura más hermosa del lugar y sus alrededores.

Carlene dejó que sus comisuras ascendieran hasta crear una sonrisa extensa. ¿Cómo no había visto esa sonrisa antes? Se acercó a su amigo tímidamente y le dio un gran abrazo.

—Finge que no me veo ridícula, mi madre me obligó —pidió. Él sabía que Carly odiaba los vestidos porque no le permitían jugar como quería. No lo entendía, lucía tan bien que se le habían ido las ganas de empezar el partido. Se quedó ahí, pasmado, mirándola.

Carly aprovechó su mudez para tenderle una cajita de terciopelo negro, él la tomó y quitó la tapa. Un pequeño colgijie de plata apareció ante sus ojos, era un óvalo, pero parecía otra cosa.

—Tengo uno igual. —Carly le mostró una cadena idéntica que colgaba de su cuello y le dio vuelta, una fotografía de ellos abrazados se encontraba ahí. Sonrió y, con rapidez, colgó el regalo de la misma manera y la miró de nuevo—. ¿Qué?

—Cuando seamos grandes te vas a casar conmigo —declaró.

Carlene frunció el ceño, no estando de acuerdo con él.

—Por supuesto que no —torció, indignada.

—¿Por qué no?

Carly miró el techo, pensativa, buscando un pretexto coherente que justificara su negativa. Enrolló en sus dedos un mechón de su cabello libre y arrugó sus labios. Terminó chasqueando la lengua.

—Porque no sabes encestar de espaldas en la canasta. —Movié la cabeza como si fuera algo obvio.

Dave aguantó la risa, la miró de nuevo, se removié con incomodidad visualizando a todos los niños que iban de un lado a otro. Su fiesta de cumpleaños no estaba resultando como había pensado. Creyó que iba a salir al jardín a jugar con sus amigos y con Carlene, pero no deseaba irse muy lejos. Este chico, Paul Grant, no dejaba de contemplarla como un odioso venado encandilado. Dave quería pedirle que dejara de hacerlo porque lo ponía nervioso.

Carly bajaba el faldón de su vestido con más frecuencia de la necesaria y apretaba la tela con sus puños. Su ceño estaba fruncido y su frente arrugada, tanto que temió que se quedara ceñuda siempre. Se veía adorable, incluso así.

Rio para sus adentros porque sabía que no le agradaba ser inspeccionada, sin embargo, se dio cuenta, sus gestos de enojo se intensificaron, su mirada miel

llameó y se volvió anaranjada. Las cejas de D salieron disparadas, nunca se molestaba con él, excepto aquella vez que aplastó a su mascota. No quería pisar ese pollo, en realidad, pero nunca le creyó.

—¡Deja de burlarte de mí! —exclamó y giró la cabeza hacia otra parte, indignada.

—No me estoy burlando, luciérnaga —aseguró, volvió a enfocarlo. Entonces, su cara se relajó un poco y sonrió.

—Detesto esta cosa. —Señaló su atuendo con la nariz arrugada—. No hemos podido hacer nada divertido, creo que deberías ir a jugar tú.

Hizo una mueca que lo hizo reír en voz alta. Jamás la había visto usando un vestido, mucho menos de ese color. Seguramente Ginger, su madre, la había obligado a ponérselo. La señora Sweet se dedicaba, la mayor parte del tiempo, a exigirle cosas a Carlene.

—Te ves bien, parece que a Paul le gusta. —Señaló al chico al otro lado de la habitación, que se sonrojó, sus cachetes parecían dos tomates. Llevó su vista hacia él y se puso pálida, negó fervientemente y se levantó de un saltito.

—Paul se comió un saltamontes una vez. —Se retorció con asco, él volvió a reír.

Era un buen chico, solo que su amiga había quedado traumada desde el día que se metió el insecto en su boca en el patio de recreo, así que evitaba acercarse a él.

Rachel gritó que era tiempo de partir el pastel, todos corrieron hacia la mesa; era de chocolate y tenía muchas chispas de colores. La gente a su alrededor entonó una canción para desearle feliz cumpleaños. Después de dar una pequeña mordida y de que Carly fuera regañada por Ginger al querer llenar su cara de betún, la madre de Dave cortó el postre.

Una vez que tuvieron los platos llenos de tarta de chocolate, los dos corrieron al exterior de su casa, justo debajo de la casa del árbol que hacía años que no usaban. Se sentaron en el suelo y empezaron a comer en silencio.

Algunas cosas habían cambiado últimamente, desde el día que Rachel empezó a molestarlo diciendo que Carlene le gustaba. Le gritó que era mentira, pero sus mejillas se colorearon y se pusieron muy calientes, así que la idea rondaba en su cabeza.

Le encantaba jugar con ella a cualquier cosa que se les ocurriera, y después hacer una batalla para ver quién había conseguido el raspón más grande. Los videojuegos de luchas eran divertidos, porque si perdía no lloriqueaba, y le gustaba comer pizza con jamón como a él. Detestaba que llorara cuando había truenos, era emocionante ver películas de terror porque, en vez de gritar, reían juntos. Y era bonita. ¿Todo eso significaba que le gustaba?

De pronto se dio cuenta de que lo descubrió observándola, alzó una ceja, se quedó quieto. Quizá sí le gustaba porque ninguna otra niña hacía que su corazón latiera tan rápido.

El niño esbozó una sonrisa cuando ella se manchó de betún, se lo quitó con la lengua. Antes de contenerse, se acercó. El pobre estaba temblando, sus manos sudaban, más al ver su linda sonrisita de lado.

—¿Qué haces? —preguntó, ahora extrañada. Nunca habían estado tan cerca, pero extrañamente le gustaba, aunque un torbellino hiciera trizas sus nervios.

—No me vayas a pegar, Carly —susurró, quedito, pues no había necesidad de gritarlo.

Sus narices se tocaron, frunció sus labios sobre los suyos, una parvada de aves asesinas despertó en su estómago provocando un curioso cosquilleo. Carlene abrió los párpados, todo su rostro se iluminó de color rosa.

Se echó hacia atrás, asustado, pero ella no dijo nada, siguió comiendo su pastel como si su mejor amigo no le hubiera robado su primer beso. Fue ahí cuando David se dio cuenta de que le gustaba... y mucho.

Doce años de edad

—¡Eres fea y te vistes como un niño! —gritó una chica a todo volumen. Las demás se le quedaron mirando. Carlene se levantó, irritada, no entendía por qué las chicas de su escuela siempre eran tan odiosas. ¿Por qué no podían ser como David?

Cuando propuso jugar con un balón le pusieron mala cara. No había hecho nada y ahora la mayoría la observaba como si fuera un fenómeno.

—Te voy a jalar el cabello si sigues diciéndome cosas —amenazó, no sabiendo cómo actuar para que esa tonta cerrara la boca y dejara de molestarla. La chiquilla miró a sus amigas.

—¡Lo ves! Eres un niño —chilló.

—No es cierto —murmuró, sintiendo cómo los ojos se le comenzaban a humedecer. No quería llorar y que se burlaran más, pero no sabía si iba a poder controlar el llanto.

—Sí, juegas con los chicos, tus zapatos siempre están manchados de lodo, además, eres fea y pareces una escoba.

—No se llama Carly, se llama Carl —dijo otra, lo que provocó que todas ellas rieran a carcajadas. Solo pudo quedarse quieta y apretar sus puños, quería pegarles, pero su madre le había dicho que las señoritas debían comportarse y no quería desobedecerla.

Últimamente Ginger se ponía mal por cualquier cosa. Su padre, Steven, le

suplicó que tuviera paciencia, dijo que la señora Sweet era especial y debía comprenderla. Le contó que necesitaba apoyo porque estaba enferma, muy enferma. No obstante, no entendía qué pasaba si veía a su madre como siempre. Le había preguntado, pero el señor Sweet le contestó que era muy pequeña para entenderlo.

—Carl es un niño, Carl es un niño —cantaban. Carlene sintió las lágrimas a punto de salir, así que salió corriendo de ahí. Nunca más volvería a aquel parque, nunca más les hablaría a esas niñas. Llegó al jardín de su casa y recostó la espalda en el roble sin dejar de llorar.

No quería llamar la atención, deseaba estar sola, pero Dave, que estaba en la cochera contigua, se percató de su estado y no tardó en llegar a su lado. Acomodó la cachucha que llevaba para poder verle la cara y se le contrajo el pecho cuando la observó desolada.

—¿Qué sucede, luciérnaga? —El agua salada salía a borbotones, los sollozos expulsados por su boca eran incontrolables y su pecho subía y bajaba.

—Soy horrible, D. —Sorbió por la nariz.

El muchacho entrecerró los ojos con rabia.

—¿Quién te dijo eso, Carlene?

—Las chicas del colegio. —Se aventuró a limpiar sus frías lágrimas; no le gustaba verla de esa manera.

—No llores, Carly, sabes que es mentira —Ella lloró más fuerte—. ¿Qué quieres que haga?

Al no obtener respuesta, se le ocurrió una gran idea: hizo una de sus estúpidas imitaciones. Hacía años que no lo intentaba, pero sabía que ella reiría, y fue lo que pasó. Carlene lanzó una carcajada cuando escuchó la boba imitación de mono que más bien parecía elefante. Acomodó con sus dedos el fleco fuera de su lugar.

—No importa lo que ellas digan, luciérnaga, tú eres hermosa —dijo el muchacho cuando su amiga se calmó. Carly sonrió y rodeó su cuerpo en un abrazo que no supo corresponder al principio, pero reaccionó y le regresó el gesto amistoso. Su corazón latía de prisa siempre que la tenía alrededor, también cuando la veía reír o cuando escuchaba su nombre. Su corazón se aceleraba siempre que la veía llegar a cualquier parte.

—Te quiero mucho, D. —Le fascinaba que lo dijera. No pudo contener la sonrisa.

—También te quiero, luciérnaga.

Se levantó de su regazo y se talló los párpados, bostezó llena de cansancio. Después de apagar el televisor, que mostraba una fea película de zombis, el señor Steven se plantó en el umbral de la sala con una sonrisita de medio lado.

—Lamento interrumpir su último día de vacaciones, pero mañana hay escuela, es hora de ir a dormir —dijo. Los dos lanzaron un quejido inconforme, eran casi las diez de la noche y, francamente, no quería irse, pero se puso de pie de igual manera.

El padre de Carlene se retiró, no sin antes darle las buenas noches. Dave se la quedó mirando y esta le guiñó. Esa había sido su señal para decirle que las cosas iban bien desde que tenían diez.

Lo acompañó a la puerta bajo la atenta mirada de su madre, que estaba quieta en la base de las escaleras, observando el cuerpo tenso de su hija. Apretó el hombro de Carly para que recordara que estaba cerca, la señora Ginger le dio una sonrisa forzada antes de ascender.

—Estaré arriba en cinco minutos —susurró él.

—Espero que puedas subir, te estás poniendo viejo —murmuró antes de soltar una risita entre dientes, y le dio un golpecito al estómago para enfatizar el punto. ¡Le había dicho gordo! ¡Increíble!

—Espero que puedas dormir al lado de un viejo que no puede controlar sus gases —Su rostro se arrugó haciendo una mueca de asco, él se carcajeó y se dio la vuelta. Escuchó cómo la puerta se cerró, trotó para llegar a su destino.

Le dijo a su madre que iría a casa de Carlene, ella nunca ponía objeciones, tampoco su padre. No obstante, Ginger y Steven eran otro cuento. Cuando eran pequeños no había problema con dormir juntos, pero eso cambió después de que Dave cumpliera los trece. Les explicaron que ya estaban grandes como para actuar como dos chiquillos. Los padres de Carlene no tenían idea de que casi todas las noches se colaba por la ventana.

Puso el pie en uno de los bloques de la pared y dio un brinquito para impulsarse. Siguió así hasta que llegó al borde de su ventana, afortunadamente no era muy alto. Carly le ayudó a subir y, una vez en su habitación, dio un respiro profundo.

La observó subirse a su cama y acomodarse, miró su celular y luego lo dejó en la mesita de noche. Le agradaba su alcoba, las paredes eran de color celeste, en una de ellas había muchas fotografías de ellos pegadas a un corcho. El osito de peluche que le regaló en su décimo cumpleaños estaba colocado en un sofá blanco. En la parte visible de su peinador no había más que una botellita de perfume, un recipiente con agua de baño y un cepillo. Había un desastre en el suelo, zapatos y ropa por doquier.

Contó hasta diez y se tendió a su lado, se debatió mentalmente entre abrazarla y quedarse quieto, pero terminó rodeando su cinturilla. Apoyó la

barbilla en su hombro y fingió que su olor a vainilla no lo mareaba.

Su madre le había aconsejado que le hablara sobre sus sentimientos, pero no sabía ni siquiera por dónde empezar. ¿Qué diría Carly? ¿Lo odiaría? ¡Era un perdedor! Le cortaría el cuello si ella se enterara de que su amigo de la infancia había estado enamorado toda la vida. Tal vez debía decirle y ya, quizá justo ahora era el momento, ya que la tenía en sus brazos y, si decidía escapar, podría abrazarla más fuerte.

—Mamá me compró una falda para mi primer día de clases, empezó a parlotear de cuando era animadora y de que tenía que verme bien para honrarla. Le dije que no la usaría, que me pondría la vieja camiseta de Slipknot, no tienes idea de todo lo que se puso a gritar —murmuró. Notó cierta melancolía en su voz.

Había veces que Ginger lograba sacarlo de sus casillas, sobre todo cuando era testigo de las lágrimas de la castaña. En más de una ocasión había querido decirle lo que pensaba de ella por comportarse de esa manera con su hija, pero luego recordaba que sus padres eran amigos y no debía traerle más problemas a Carly, ya tenía suficiente con tener que soportarla diariamente.

Se dio la vuelta y dejó que la viera con sus ojos hechos agua. Entonces supo que no era el mejor día para decirle que últimamente solo pensaba en besarla.

No entendía qué era lo que buscaba su madre de ella.

—Creo que te verás caliente en esa camiseta, no todos los días se ve a una chica usando una prenda con una calavera sangrante —Amaba cómo se veía con esa cosa.

Su cara cambió y una gran sonrisa se extendió en su rostro, sus ojos miel brillaron tanto que lo encandilaron por un minuto. Tragó saliva, nervioso, y se dijo que no iba a sudar.

—Mamá dice que debo ponerme la horrible falda que me compró en esta nueva escuela, que nadie se me va a acercar si me ven vestida con mi ropa —bufó entre dientes.

—Yo me acercaría —aseguró. Carlene sonrió de lado.

—Tú no cuentas, D, me refiero a otros chicos —susurró haciendo que la mirara con los párpados adheridos a la frente. ¿Pero qué...?

—¿Otros chicos? No entiendo —preguntó, confundido y un tanto exaltado.

—Tampoco yo, pero mamá asegura que los chicos empezarán a pedirles a las chicas a salir y yo me quedaré en casa pintando cuadros —Rió y giró los ojos como si eso fuera lo más absurdo del mundo. Quería creer que lo era, pero no había pensado en eso y comenzó a sentirse extraño.

—¿Y saldrías con ellos? —cuestionó.

—No, me gusta más estar contigo que con cualquier otra persona.

Eso bastó para tranquilizarlo una pizca, no lo suficiente, sin embargo. Depositó un beso en su frente, refugió su nariz en su cuello, respiró profundo al sentir su respiración y su corazón acelerarse. Pensó en su prima Veronilla sacándose los mocos, o si no ciertas zonas delatarían lo que ahora le producía su cercanía.

—Me gusta una chica —dijo atropelladamente, sintiendo los nervios en su garganta. Carlene se echó hacia atrás para observarlo—, pero tengo miedo de que yo no le guste a ella. ¿Qué crees que debería hacer?

Sus ojos miel lo observaron de forma penetrante y él se dejó llevar por la sensación de sentirse perdido en el tiempo. Quería gritarle «me encantas tú», pero no podía hacerlo.

—Creo que deberías decirle, tú eres genial, Dave. Si no le gustas es porque es una estúpida y no debería gustarte alguien estúpido.

Quería seguir mirándola, pero Carlene tragó saliva y regresó a la posición inicial, dándole la espalda. Su respiración se hizo cada vez más lenta, se hizo un poco hacia atrás para mirarla perdida en sus sueños, sonrió con tristeza. La zona de amigos era muy jodida.

—No quiero perderte, luciérnaga —dijo quedito.

—¡Hey, Dave! —exclamó un chico con el cabello oscuro y los ojos más azules que había visto en su vida.

Desde que pusieron un pie en Niston, la que era su nueva escuela, David se le pegó como una lapa malhumorada. La llevaba a su costado con la mandíbula tensa y sin mirar a los que lo saludaban. Pensó que esta vez D iba a detenerse, pero solo elevó la barbilla como saludo y la tomó del antebrazo para guiarla a otro lado.

Las instalaciones eran enormes, no sabía cómo haría para no perderse entre todo el alumnado.

—¿Quién era él? —preguntó.

—Ilan, un compañero del equipo de lacrosse —respondió, seco.

Decidió no prestarle más atención a su actitud y se dedicó a observar. Recién es que se dio cuenta de que se dirigían a la coordinación. Se detuvieron al final de una extensa fila.

—¿Estás molesto por algo? —cuestionó. Él levantó la mirada y la clavó en la suya. Dio un paso al frente, haciendo que quedaran muy juntos.

Siempre era así, siempre estaban muy cerca, pero eso no quería decir que había aprendido a mirarlo como algo normal.

Automáticamente su corazón comenzó a acelerarse, sus ojos eran tan verdes que por un momento creyó que estaba en el bosque, bajo las copas de los árboles, como los del campamento al que iban todos los veranos. Luego recordó que era su mejor amigo y no debía sentirse de esa manera.

—Solo quiero cuidarte, Carlene, todos esos chicos van a buscar una sola cosa y no voy a permitir que te lastimen, ¿me entiendes? —Todo el aire se atoró en sus pulmones cuando Dave levantó su mano y acarició su mejilla con los dedos.

—¿A quién tenemos aquí? ¿Ella es la famosa Carlene? —Una voz desconocida la sacó de su momento, también logrando que David diera un paso atrás.

Buscó la fuente de la interrupción, un joven moreno, un tanto obeso, portaba una sonrisa amigable. Su mejor amigo relajó los hombros y le regresó la sonrisa.

—Ella es, Roger —musitó. El mencionado la recorrió de arriba abajo con la vista y sonrió aún más.

—Ahora puedo entender la fascinación —respondió con aprobación. Ella miró a David pidiendo una explicación a ese comentario, sin embargo, él solo se encogió de hombros—. Soy Roger, preciosa, el mejor amigo de tu amigo.

Iba a responder que era un gusto, pero alguien interrumpió, más bien dos chicos tan rubios que el color amarillo se quedaba corto. Lo que hizo que abriera los ojos fue que eran idénticos, como dos gotas de agua, hasta usaban la misma clase de gafas.

—¿Son gemelos? —Roger y David soltaron una risita secreta. Los chicos despegaron la vista de sus aparatos electrónicos al mismo tiempo, sincronizados. Dos pares de pupilas celestes, detrás de grueso vidrio, la observaron.

—Técnicamente, pero no estamos tan seguros, Michael tiene un nevo en forma de esfenoides en la zona poplítea de la extremidad derecha —dijo uno de ellos.

—Martín tiene razón, eso quiere decir que, probablemente, no nos desarrollamos en el mismo saco vitalíneo —complementó el que, supuso, se llamaba Michael.

—O tenemos una teoría, creemos que los espermatozoides de nuestro padre colonizaron al óvulo de nuestra madre —dijo Martín.

—Y por alguna razón decidieron que podríamos desarrollarnos en diferentes sacos. Eso explicaría por qué somos tan parecidos y por qué tengo un nevo en forma de esfenoides —concluyó Michael, orgulloso del discurso.

Se quedó en blanco porque... ¡Mierda del cielo! No había entendido nada más que la palabra «técnicamente».

—Ehh... Claro, diferentes sacos, mismo óvulo —susurró, a lo que ellos

sonrieron.

—¿Ya la asustaron con el discurso de la reproducción de sus padres, diminutos *geeks*? —preguntó alguien. El chico pelinegro de pasillo llegó, rodeó los hombros de los gemelos y clavó su vista aguamarina en ella—. ¿Dónde están tus pechos, pequeña? —preguntó él con descaro. ¡Hijo de puta!

—Escondidos, probablemente en donde está tu cerebro —dijo. Todos lanzaron una risotada que los hizo echar el cuello hacia atrás.

—Definitivamente entiendo la fascinación —murmuró Roger entre risas hacia nadie en particular.

Después de recibir un montón de bienvenidas y más cosas aburridas, dejaron salir al receso al grupo de primer año. Siguiendo a los demás, se introdujo a la cafetería, donde se tropezó con un chico. Se le hizo conocido, en alguna parte lo había visto, pero no pudo recordar.

—¿Te conozco? —preguntó. El muchacho sonrió, quizá él también la recordaba.

—Soy Paul, Paul Grant, estuvimos juntos en preescolar.

La boca de Carly se abrió con asombro, ¿no podía ser posible que el chiquillo que le daba miedo por tragarse el maldito saltamontes se hubiera convertido en un chico lindo!

Iba a sonreír, pero David llegó en ese momento y se la llevó a una mesa sin darle la oportunidad de responder.

Más tarde, a la hora de la salida, se detuvo en el pasillo y contempló a un furioso Dave discutiendo con Paul. Nunca más se le volvió a acercar el comesaltamontes.